Cuento: Dos estaciones

Autora: Isis Betancourt Torres.
Especialista en Medicina Interna

Marcela se sirvió un trago de la reserva que siempre tenía Manuel en su despacho. En verdad, el whisky tenía un sabor diferente del sabroso ron cubano.

Al principio le resultaba desagradable su sabor a madera y su aroma le parecía como un barato perfume. Después de conocer su procedencia sentía que nunca podría gustarle una bebida así.

- Nunca digas nunca, es mi preferido y puede llegar a ser el tuyo.
- Lo dudo, Manuel.
- Pero si a ti te gusta la cerveza, Marcela.
- ¿y que relación tienen el whisky y la cerveza?.
- Pues, es un licor destilado de la cerveza.
- Pero muy lejos de parecérsele.
- Sabes que la palabra whisky significa “agua de vida”.

Tantas veces discutieron del mejor sabor, del mejor olor. Marcela siempre estaba en el bando contrario, al otro lado de la orilla cuando se trataba de exponer criterios.

Pero ahí estaba la vida esperando para enseñarle que, nunca debía decir nunca. Ella buscaba el trago preferido de él para crear, para agrandar un proyecto, para conquistar el universo, para cada tarea que le pareciese que sería una nueva entrada al parnaso.

Ya no le parecía tan burgués y desarraigado el acto de beber un alcohol tan poco tropical. Ella como la noche estaba embriagada de tanto amor y el whisky era un buen compañero.

- ¿y ese trago como se llama?
- Ponle un nombre, yo lo creé.

Marcela se reía. Sabía que estaba ante un hombre de una inteligencia genial, que había dedicado su vida a cultivar su intelecto y lograba como ningún otro mortal convertir una pequeña idea en un hecho trascendental, pero de ahí a que creara un trago había un espacio. Algo así como una distancia similar a la existente entre Maratón y Atenas, que le provocó la muerte al célebre soldado que la corrió para avisar de la victoria ateniense.

- No te rías, princesa. Lo digo en serio.
- Entonces nómbralo como al dios de los mares para los romanos.
- ¿Neptuno?.

Marcela reía como si se encontrara viendo una de esas viejas comedias del gordo y del flaco, que no sobrevivieron a un período que nada tuvo de especial y se llevó una parte importante de las riquezas naturales, personales y hasta emocionales de algunos. Estaba convencida que esas películas habían desaparecido en una de esas largas noches de apagones y ahora el moho era su dueño, cual araña que te enreda en su tela. Siempre quedaría el recuerdo de la comicidad y una sonrisa asomaba a su rostro.

- ¿Sabes como te definiría?
- No puedo imaginar que palabras usaría esa cabecita revoltosa y compleja.
- Pues sólo necesitaría cinco palabras.
- ¿Sólo cinco?
- Sí, “mulato de ideas que trascienden”.

Manuel reía a carcajadas, con esa risa suya triunfal, llena de vanidad del macho que se sabe amado.

- Marcela, eres tan genial. Si lo dices por el trago…
- Lo digo porque todo lo que te veo tocar luego se convierte en arte.

Así era el amor de ellos, lo habían acuñado como un amor otoño – primavera.

- Amor otoñal, me gusta.
- No has entendido, es unión otoño – primavera, porque a tus años cansados y con esa languidez le acompaña el resplandor de la primavera.
- ¡Lo dices por la diferencia de edad!.
- Lo digo porque es una unión genial, para una revoltosa como yo.

Manuel nuevamente sonreía, ante la afirmación de ella. En verdad su llegada había significado para él, el renacer de la vida y la primavera en flor. No podía haber mejor denominación, pero se resistía a darle la razón y alimentar a su orgullo femenino.

Marcela sentía que el largo camino para llegar al amor de siempre, ese que te divide la vida en un antes y un después y marca un hito como sólo los hechos trascendentales de la vida lo hacen, había llegado a su final. Este loco e inesperado amor la había sorprendido en una oficina y un poema que hablaba de fiestas había señalado el camino.

- Revoltosa, serás mi fiesta siempre.
- Y tú mi penicilina, la medicina que dividió al mundo en la era pre y post antibiótica.

Nuevamente sonreían entrelazados fuertemente como se sujeta al amor que no queremos dejar escapar. A ese amor que se siembra en el presente y lo perpetúa por tantos años que el futuro lo demanda.

Amor aparece en cualquier esquina, lleno de estigmas y de heridas suturadas, en cualquier cuerpo, en cualquier ser, pero para Marcela era mágico encontrarlo en un hombre que era hombre cuando ella estornudaba por primera vez en este mundo.

- Sabes Marcela, algunos piensan que este tipo de amor fracasa.
- Todos los tipos de amor pueden hacerlo.
- Este es especial, se imponen muchos cambios.
- Todos son especiales e imponen el gran cambio de querer a un extraño.
- Somos tan distintos, ¿no llegaremos a ser incompatibles?.
- Me sorprende que lo llames así. Incompatibilidad según el diccionario de la Real Academia Española es la repugnancia que tiene una cosa para unirse con otra o de dos o más personas entre sí. ¿Crees que alguna vez lleguemos a sentir eso?.
- Ese no es su único significado, tiene muchas acepciones.
- Es verdad, pero es uno de ellos. No lo entiendes Manuel, el amor es amor y será por siempre así. No pide ser eterno, ni inmortal, solo exige tener el breve espacio que se ha ganado.

Se veía tan linda cuando razonaba y defendía con tanta pasión sus feministas ideas. Manuel a veces temía que ese apasionado modo de ser llegara a resultarle hostil, pero ¿y la vida?.

¿Acaso no era hostil cuando lo deseaba?.

Acaso la vida no te llenaba de sus ironías regalándote premios y robándote los deseos de vivirla, como cuando le había dado una bella casa y le había robado a su eterna esposa.

Sí, la vida podía ser muy hostil y él lo sabía más que nadie.

Sin embargo allí estaba ella recordándole cada motivo para seguir y cada razón para no detenerse, desde polos opuestos como lo hacen el otoño y la primavera, que no se suceden pero cada estación sabe que al otro lado de la tierra le esperan las flores en su despertar o la caída de las hojas y la tranquilidad para el descanso otoñal.

Ambos se miraron y en sus ojos se describía el ciclo de la vida.

Manuel la abrazó y la cobijó en sus brazos como un guardián que salvaguarda su más preciado tesoro.

Marcela sonreía ya no tenía que seguir buscando el sol. El astro rey había dejado su trono y a su papel de masa gravitacional para entregarle a ella todo su calor.

Por una única vez el otoño y la primavera caían rendidos y pletóricos de amor en un mismo lecho.

Marcela besó a su amor.

- Hasta mañana y que amanezcas bien.

De repente Manuel soltó otra carcajada, sus bromas siempre le devolvían la alegría de vivir.

En pocos instantes el sol les abriría las cortinas y él tendría la titánica tarea de despertar a una primavera embriagada de una mezcla genuina de whisky, hielo y refresco de cola, que podría bautizarse como Neptuno o Júpiter.

De repente se percató que ese trago sólo aceptaría un nombre, algo así como “Dos estaciones”.